

ZALDUMBIDE GANGOTENA, JULIO (1833 - 1887)

DE LA NATURALEZA

ÍNDICE:

LA MAÑANA
EL MEDIODÍA
LA TARDE
EL ARROYUELO
EL BOSQUECILLO
LOS ÁRBOLES

LA MAÑANA

Leve cinta de luz brilla en Oriente,
como la fimbria de oro
del ropaje del sol resplandeciente;
y éste es el nuncio de la luz del día.
El pueblo de las aves que dormía
en el regazo de callada noche
rompe el silencio en armonioso coro,
y un cántico levanta al que infalible
su cotidiano sol al mundo envía.

Raya el alba; las sombras que esparcidas
por los aires, tejían silenciosas
el tenebroso velo
en que yacía envuelto el ancho suelo,
ciegas ante la luz y confundidas
se rompen, al ocaso retroceden,
y el espacio y el cetro al día ceden.
Recoge el manto la vencida noche,
y aparece triunfante
entre aplausos y goces de victoria,
en su inflamado coche,
el Rey del Cielo espléndido y radiante.

Cunde al punto la luz de la mañana,
se alegra el valle, el monte resplandece,
la niebla que en la noche cubrió el suelo
se rompe fugitiva y desvanece,
o en ondeantes penachos sube al cielo.
Bulle el viento en los árboles sonoro,
brilla en las verdes hojas el rocío,
murmura el arroyuelo
entre las flores dulce, y más osado
rumor levanta el impetuoso río;
allá resuena la floresta umbría
con el alegre, bullicioso coro
de pájaros cantores.

Despiertan la cabaña y la alquería;
del humo del hogar al cielo sube
la doméstica nube,
y la vista recrea
el afanar del laborioso día:
ya el labrador empuña el curvo arado,
y alegre con la idea
de la futura henchida troje, rompe
el seno inculto del fecundo suelo,
poniendo la esperanza y el cuidado
en el labrado surco y en el cielo;
se abre el redil y saltan las ovejas
y vanse por el campo derramadas
la tierna grama que mojó el rocío
paciendo regaladas.
Allá se agita, la afanosa siega
y la dorada espiga
al corvo diente de la hoz entrega
el precioso tesoro,
galardón del sudor y la fatiga.

¿En dónde estás ahora,
oh noche, ciega noche engendradora
de larvas espantosas?
¿Dónde llevaste ya tu triste luna,
y tu corte de estrellas silenciosas?

Éste es el sol, que el alto cielo dora.
Éste es el sol, que viste
la campiña de espléndidos colores:
pintadas brillan a su luz las flores;
a su luz resplandece

la vívida esmeralda de los montes,
y aspirando en su luz Naturaleza
de inmortal vida el poderoso aliento,
rejuvenece su inmortal belleza.

Éste es el sol, a cuya luz el mundo
sacude el sueño que durmió profundo
en tu regazo, oh noche, y resonante
gira de nuevo en su eje de diamante,
lleno de juventud, de vida lleno,
como en aquel primero día, cuando
el ciego Caos fecundó tu seno,
y echaste dél afuera
la creación entera
que giró en los espacios rutilando.

¡Salve, oh tú esplendoroso
Rey de los otros orbes, sol fecundo!
Mi voz con la del mundo,
salve, te dice, genitor glorioso
de toda vida y todo ser que encierra,
por cuanto abarcas en tu luz, la tierra.

¡Cuán de otra suerte, oh sol, te saludaba
cuando yo, de los hombres
en el común tropel iba mezclado,
de la ciudad habitador hastiado!
El corazón marchito, el alma fría,
cegada ya la fuente
del entusiasmo, y el estéril tedio
consumiendo la flor de mi existencia,
mi juventud amada.

Tal era yo aquel tiempo, y tal vivía;
y entonces maldecía
tu refulgente luz, tu luz sagrada
porque ella no traía
placer al alma, ni al dolor remedio.

¡Ya ese tiempo pasó!... Hora que el cielo,
propicio en fin, mis votos ha cumplido,
dándome horas de paz, serenos días;
húndase en las tinieblas del olvido
esta de gran dolor época fiera;
no vengan sus recuerdos
a acibarar mis dulces alegrías:

regenerado estoy, y no quisiera
la idea conservar de lo que he sido.

A ti, naturaleza, esta que siento
inmensa vida rebosar en mi alma,
a ti la debo sola; tú eres fuente
de vida inagotable: el pecho triste
que se marchita al abrasado aliento.

De mundanas pasiones,
bañado en ti, renacerá al momento
al perdido vigor y nuevamente
encontrará perdidas emociones.
El infelice que bebió del mundo
el cáliz del dolor emponzoñado,
el labio ponga en tu raudal fecundo
y beberá el placer... Naturaleza,
tal hice yo, y en mí nuevo infundiste
gozo, desconocido a mi tristeza;
por ti mi herido pecho desmayado
vuelve a latir y en nuevo ardor se inflama,
y por ti en fin mi espíritu cansado
que aborreció la vida, ¡ya la ama!

EL MEDIODÍA

I

En la amena floresta
de un bosquecillo, se alza la espesura,
do el ardor de la siesta
se templó, do murmura
una de humilde vena fuente pura.

Allí, cuando subido
el sol a la mitad del alto cielo,
cuando más encendido
su ancho disco sin velo
el aire enciende y abochorna el suelo.

Del césped en la alfombra
suelo sentarme de frescor sediento;
un árbol me da sombra,
blanda música el viento

e ilusiones el vago pensamiento.

Allí, el sauce, agitando
su ramaje de plácida verdura
recrease mirando
su halagüeña hermosura
en el espejo de la fuente pura.

Copa el cedro elevada
esparce en la región do el viento mora:
parece levantada
mano abierta que implora
dulce rocío a la celeste aurora.

Y allí el de los amores
favorito gentil la frente umbrosa
levanta, y en las flores
derrama la amorosa
sombra que plugo a la más bella diosa.

Y en dulce compañía
otros árboles crecen allí unidos;
y allí la melodía
de mil vagos ruidos
el ánimo suspende y los sentidos.

II

¡Oh, cuán dulce es oír los rumores
de las hojas, del céfiro lira!
¡Oh, cuán dulce aspirar de las flores
la fragancia que el éxtasis inspira!

¡Oh, qué grato escuchar de la fuente
el suspiro que apenas murmura!
¡Oh, que dulce sentir su frescura!
¡Oh, que dulce sentir su frescura!

¡Y qué dulce y qué grato y qué hermoso,
entre aromas y paz y armonías,
no sentir el volar fatigoso,
no sentir el valor de los días!

¡Y dejar deslizarse serena
esta amarga, esta mísera vida,

como huye esa fuente en la arena,
en un sueño de paz adormida!

¡Y vivir sin que llegue al oído
a turbar el silencio profundo
de los hombres el vano ruido,
de ese mar que llamamos el mundo!...

¡Oh!, ¡si aquí, bella Cintia estuvieras,
si al aroma del aura tu aliento,
y tu voz amorosa añadieras
al murmullo del agua y del viento!

¡Si al matiz de estas flores juntaras
de tu labio el color purpurino;
si este bello jardín hermosearas
con tu rostro apacible y divino!...

¿Sacrificas la paz de tu alma
a esa vida de tristes pesares?
¿No apetece del cuerpo la calma?
¿Te es tan grato el bullir de esos mares?...

Aquí todo es amor, todo amores:
Ama el árbol, el ave y la fuente;
aquí amar aconsejan las flores,
y lo enseña la tórtola ardiente.

Aquí habita el placer en las rosas,
do quier vaga un deleite sin nombre,
dice el céfiro aquí tales cosas,
que no dice la lengua del hombre...

III

¡Ven, Cintia, ven! A mi amoroso lado.
Aquí, solos los dos, sin más testigos
que las aves, los árboles y el prado,
silenciosos amigos
de secretos amores,
me amarás con más fe, con mayor fuego.
Huye el aliento de ese mundo impuro
que cuanto toca lo corrompe luego:
aquí tu corazón será tan puro
como este cielo es puro y son las flores...

Y tú, dejando aparte
esos adornos que inventara el arte
de necia vanidad, y engalanada
con la sencilla flor que la luz cría
del alba nacarada,
más hermosa serás que nunca fuiste.
El fastidio, el dolor, la duda triste:
eso el mundo te da; Naturaleza
te ofrece aquí la paz y la alegría
junto con la inocencia y la belleza...

IV

Mas, ¿a dónde me llevas
en tu blanda corriente, oh desvarío?...
¡No! tus alas no muevas,
oh, pensamiento mío,
a do has de hallar el desengaño impío.

Vuelve, vuelve a los senos
de este ameno recinto; libre gira
por ellos, que a lo menos
aquí nunca se mira
oculta la traición y la mentira.

Ve al prado, al cielo puro,
al solitario monte, al bosque umbroso
y volarás seguro;
mas nunca al borrascoso
mar de los hombres vayas ambicioso.

Porque allá el viento insano
de las pasiones mueve el desconcierto;
y buscarás en vano
allá tranquilo puerto:
aquí lo tienes más seguro y cierto.

LA TARDE

Con majestad sublime el sol se aleja,
y el extendido cielo
a las encapotadas sombras deja,

que ya le cubren con umbroso velo.

¡Qué solemne misterio! ¡Qué profunda
de paz y de oración grave tristeza.
ya el sol llega al ocaso
y la noche le sigue a lento paso.

En duelo universal naturaleza
se despide de aquel que la fecunda:
triste el cielo se enluta, gime el viento,
el mundo eleva unísono lamento.

Ya el rumiador ganado lentamente
desciende por la húmeda colina;
cansado el labrador deja la era
y a su rústica choza se encamina.

¡Qué misteriosa el aura pasajera
suspira y pasa! El ave en sordo vuelo
por las ramas se mete en pos del nido.
Sólo se oye el zumbido
de los insectos, que tal vez lamentan
desde la yerba del humilde suelo
la partida del claro rey del cielo.

¡Adiós, sol refulgente!
Yo también uniré mi voz humilde
a la voz elocuente
en que un sentido adiós te envía el mundo.
Tú no puedes parar, ni más despacio
puedes seguir tu arrebatado giro;

la mano omnipotente
a recorrer te impulsa sin reposo
las vastas soledades del espacio,
esos serenos campos de zafiro;
pero mañana volverás glorioso
a darnos vida y luz, astro fecundo...

De la meditación la voz me llama
a vagar solitario en la arboleda.
Anhele ahora soledad, silencio...
allí los hallaré. El aura leda
duerme en las flores y la blanda grama
el son apaga de mis pasos lentos.

Como las sombras cunden de la umbría
noche en el cielo, así en el alma mía
cunden ya dolorosos pensamientos;
y una hoja que desciende,
algún eco fugaz, una avecilla
que errante y solitaria el aire hiende,
la leve nubecilla

que viaja a reclinarse allá en el monte,
o a perderse lejana
en el vago horizonte;
todo me causa una emoción profunda,
me aprieta el alma una indecible pena
y de improviso mi pupila inunda
de inesperado llanto amarga vena.

¡Melancólica tarde, tarde umbría!
Desde que pude amar me unió contigo
irresistible y dulce simpatía.
Tú fuiste siempre confidente mía,
tú fuiste, tú el testigo
de mis más tiernos e íntimos deseos
y locos devaneos;

tú de mi corazón, tú de mi alma
el seno más recóndito conoces.
¿Qué lágrimas vertí que no las vieras?
¿Exhalé alguna vez triste suspiro
que errando con las auras no lo oyeras?

¿Qué secreto agitó nunca mi seno
que a tus calladas sombras lo ocultara?
¿Qué de sueños de amor y de ventura,
qué de ilusiones halagüeñas viste
en mi pecho formarse
con esperanzas halagarme el alma
y para siempre en humo disiparse...!

Todo esto, ¡ay infeliz, todo me acuerda
esa tu sombra triste
y sin poder valerme huye la calma
del centro de mi espíritu agitado
y el dique rompe en férvido torrente,
el llanto, por mis ojos desbordado...!

¡Es preciso olvidar! Córrese el velo

del olvido sobre ese de amargura
pasado tiempo. A mi dolor consuelo
sólo tú puedes dar, alma natura;
yo por ti el mundo abandoné engañoso,
para buscar en ti dulce reposo.

¡Oh, tarde! Estas heridas mal cerradas
que aún sangran y renuevan mi tormento,
pasará el tiempo y las verás curadas.
Nunca de hoy más, halagará mi oído
de pérfida ilusión el dulce acento,
ni buscaré la flor do está la espina.

Quiero vivir contento
en esta amable estancia campesina,
aquí cavaré tumba a mis dolores;
y ajeno de ambición, de envidia ajeno
aquí (si tanto diérame la suerte)
como tu sombra espero cada día
esperaré sereno
esa de la existencia tarde umbría,
nuncio feliz de la esperada muerte.

EL ARROYUELO

Arroyuelo que deslizas
tu cristal en la pradera,
tu corriente vocinglera
voy siguiendo con placer:
notando voy en tu curso
la variedad inconstante,
en esto tan semejante
a cuanto fue y ha de ser.

De las cosas de la vida
es imagen tu carrera,
que así mudan de manera
como tú de dirección;
y por esta semejanza,
al contemplar tu onda fría,
no sé si melancolía
siente, o gozo el corazón.

¡Cuántos sitios diferentes

conociendo vas al paso!
Este herboso, ese otro raso;
un florido, otro sin flor.
Ya en el llano corres fácil,
ya atraviesas matorrales,
o ya lanzas tus raudales
por pendientes de verdor.

Ya aquí te miro sereno
lamer la margen callado,
y quedar como encantado
en un éxtasis de paz;
copiando en tu seno puro
el profundo y azul cielo,
y un sauce mecido al vuelo
de los céfiros, fugaz.

Y «así es», me digo pasando,
«así es el hombre que sueña
con la esperanza risueña
en el seno del amor;
de la ilusión la aérea sombra
refleja su mente en calma,
y un cielo tiene en el alma
de mágico resplandor».

Borbollas en cavidades,
te dilatas con reposo,
o maldices y furioso
de estrechas márgenes vas.
Ya encuentras campo de flores,
¡y es de ver cómo allí giras,
cuál te aduermes y suspiras
por no salir dél jamás!

Bien haces, dulce arroyuelo:
breves los dichosos, largos
son los instantes amargos
que tenemos que pasar.
¡Qué bien entiendes y sabes
que la ventura en la vida
ha de llorarla pérdida
quien no la supo gozar!

Bien haces en detenerte
en este sitio florido;

antes te veas sumido
que dél intentes salir.

Así pienso yo, arroyuelo,
que en la edad de los amores,
pues es la edad de las flores,
debiera el hombre morir...

¡Cómo te dilatas manso,
y enamorado murmuras,
músico de notas puras,
entre una y otra flor!
¡Qué artificioso revuelves
y formas remansos bellos,
porque se retrate en ellos
su hermosura y esplendor!

Si de alguna flor consigues
inclinarla a tu corriente,
la besas la dulce frente
una y otra, y otra vez;
mas de aquella que no inclinas
trepar por el tallo intentas,
y con suspiros lamentas
tu impotencia y su esquivéz.

Así el trovador al pie
del castillo en donde mora
la dama a quien enamora,
suspira en trovas de amor;
mas ella ingrata y esquiva
acaso en la alta ventana,
escucha el cantar ufana,
pero burla del cantor...

Si de la flor que te burla
el viento arranca una hoja,
y a tu corriente la arroja,
ufano con ella estás;
¡y es de ver cómo festivo
en remolino la llevas!
Ya la hundes, ya la elevas,
y huyendo con ella vas...

Mas ¿a dónde, infeliz, huyes?
Vuelve a tu sitio florido,

que le llorarás perdido
cuando no puedas volver.
La pendiente te arrebató,
te cupo infeliz destino,
pues él te traza el camino
que tú no puedes torcer.

Un luengo y lóbrego caño
a poco que andas te encierra,
y te lleva bajo tierra
a muy distante lugar.
Correrás siempre adelante,
arroyuelo malhadado,
por la pendiente arrastrado
hasta arrojarte en el mar.

Quizás de arroyuelo claro
turbio torrente furioso
que nunca encuentra reposo,
andando te tornarás;
y entonces de aqueste humilde
sitio de flores vestido,
donde corriste adormido,
con dolor te acordarás.

Así al mortal el destino
le arrebató en su camino
malhadado,
y pasa la edad de amores,
cual tú pasas el de flores,
sitio alegre y regalado;

y sigue y es sin piedad,
de una edad en otra edad
impelido,
sin hallar nunca reposo,
como tú, cuando en furioso
torrente vas convertido.

Te arrastra a ti el desnivel,
la mano imperiosa, a él,
de la suerte;
y, cual tú en brazos del mar,
él, a la fin, va a parar
en los brazos de la muerte.

EL BOSQUECILLO

Bosquecillo frondoso,
que a las orillas del sonante río
abrigo delicioso
me das en los calores del estío.

Cuando yo te contemplo,
mientras abrasa el aire el mediodía,
el misterioso templo
te finge del placer mi fantasía.

Los festivos amores
están en torno tuyo revolando,
y en tu lecho de flores
se recuesta el deleite suspirando.

Y al que en tu seno amparas
el numen del secreto dice aerio:
«Sacrifica en mis aras;
mis sombras te prometen el misterio».

Y acuden presurosas,
dejando las lejanas arboledas,
las aves codiciosas
de la promesa de tus sombras ledas...

Mas yo soy solitario,
no tengo como el ave compañera;
me llama a tu santuario
más grata voz, si menos hechicera:

¡La voz del ocio blando!...
Aquí me tiendo en la mullida alfombra
de tu césped, gozando
la frescura del río y de tu sombra.

Y miro el curso lento
que en la pradera tuerce el sesgo río,
y a su música atento
me pierdo en un sabroso desvarío.

Ya ver se me figura
al dios de los pastores y ganados

buscando la hermosura
de Eco por los valles y collados.

La ninfa se le esconde
huyendo sus impúdicos amores,
y tan sólo responde
con fugitivo acento a sus clamores.

Porque ella aún deplora
los desprecios de Adonis afligida,
y en las cavernas llora
en aerio y vago acento convertida.

Dentro las claras linfas
del río, de cristal miro un palacio:
cerniendo están sus ninfas
en cribas de esmeralda, oro y topacio;

y entre ellas el sagrado
numen está del río, muellemente
en la urna reclinado,
ceñida de limosa alga la frente...

Todo se anima, todo
cobra voz, cobra vida y movimiento,
y por extraño modo
todo lo prueba el vago pensamiento.

¡Oh, campiña agradable,
que dulcísimo encanto mío eres!
¡Séate favorable
el claro sol, propicia el alma Ceres!

Flora te dé fragancia,
no destruya tus galas el invierno;
Pomona la abundancia
derrame en ti de su colmado cuerno.

Y a ti, bosque frondoso,
que a las orillas del sonante río
abrigo delicioso
me das en los ardores del estío.

Propicio a tus verdores
te sonría apacible el claro cielo,
frutos te den y flores

las estaciones en su raudo vuelo.

LOS ÁRBOLES

Del África abrasada en las arenas,
de la Siberia en el perenne hielo,
en la sierra, en el llano,
del polo al ecuador; con larga mano,
cual las estrellas pobló su vasto cielo,
así los espació Dios Soberano
por toda la ancha faz del grande suelo.

Nacen doquier. En número sin cuento
la tierra los engendra y alimenta;
su tronco se levanta al vago viento,
y una corona de verdor sustenta
en sus flexibles ramas;
templan del sol las devorantes llamas,
y son gala del mundo y ornamento.

Purifican los aires con sus hojas,
hay en sus troncos bálsamos preciosos
que al cuerpo vuelven la salud perdida;
casa apacible, plácida guarida,
y tálamo fecundo de las aves
son sus ramos umbrosos;
pendientes de ellos nacen dulces frutos
que ofrecen generosos
a los hombres, las aves y los brutos.

En medio del desierto caluroso
que ardiendo reverbera
bajo un sol devorante,
halla el árabe errante
una umbría palmera
que sosiego y frescura le convida:
¡emblema dulce, hermoso,
del amor en el yermo de la vida!

Ciñe el mirto amoroso
la sien de Venus; la apacible oliva
orna la frente de la paz fecunda;
mientras el laurel glorioso
entreteje la bárbara corona

que ciñe la iracunda,
sangrienta sien de la feroz Belona.

Del voluptuoso Oriente en los serrallos
sirven para deleite de los moros:
allí suspiran y aman las sultanas
a la sombra de grandes sicomoros.

Del Inglés en los parques majestuosos,
en bellos grupos y armoniosas calles
muéstranse artificiosos
hasta do alcanza el arte de los hombres;
y en las selvas de América sin nombres,
a cuya sombra innumerables seres
crecen, se multiplican; muestran sólo
en su grandeza y profusión pasmosa
del Creador la mano poderosa.

Ellos son confidentes
de nuestros amorosos pensamientos:
los amantes confían sus tormentos
a sus cortezas rudas;
de ellas hacen papel, porque ellas cuenten
sus secretos amores,
sus íntimos dolores
a las agrestes soledades mudas;
y las aves también entre sus hojas
suspiran sus congojas,
cantan sus alegrías
y saludan con himnos armoniosos
el despuntar de los brillantes días.

A su apacible sombra juguetea
la festiva niñez, y se recrea
trepando por sus troncos elevados,
suspendiendo columpios en las ramas
para girar cortando el vago viento,
entre aplausos y risas de contento.
A su apacible sombra ama y suspira
la juventud ardiente,
y de sus hojas el murmullo vago
hace pasar por su inflamada frente
dulces sueños de amor con que delira.

A su apacible sombra, la marchita
ancianidad medita

sobre el pasado bien y el mal presente,
y el son del viento que en las hojas zumba
habla a su alma triste y vagamente
de la otra vida que tendrá, infinita.

¡Oh, cuántos los amamos!
¡Oh, cuánto en su hermosura nos gozamos!
Con su frescura y gala nos recrean
en nuestro hogar, y así la humilde choza
como el palacio espléndido hermocean.
¡Hasta en la tumba fría
nos hacen apacible compañía!

¡Y, cuánto os amo yo, árboles bellos!
¡Y cuántas, ya de amor, ya de tristeza,
o ya de soledad, fugaces horas
pasé a la sombra de las hojas vuestras!
¡Mil secretos de mi alma solitaria,
mil recuerdos de amor viven en ellas;
y siempre que las auras las agitan,
en su murmullo animador despiertan,
y una lágrima cae de mis ojos,
y hondo suspiro de mi pecho vuela!
Os amé en otro tiempo de ventura
y ahora os amo más en la tristeza.

Os amé alegre y os adoro triste,
y os he de amar hasta que muerto sea,
y más allá... ¡Ciprés de opaca sombra!
¡Triste ciprés! Vindrás cuando yo muera
a acompañar mi solitaria tumba;
¡y allí mi sueño sempiterno, vela!